

LA
PINTURA
DE
LEONEL MACIEL
RICARDO GARIBAY

MEMORIA

ceMos

Director: ARNOLDO MARTÍNEZ VERDUGO

Enero de 1996 No. 85 N\$ 10.00

LA EDUCACIÓN Y EL FUTURO

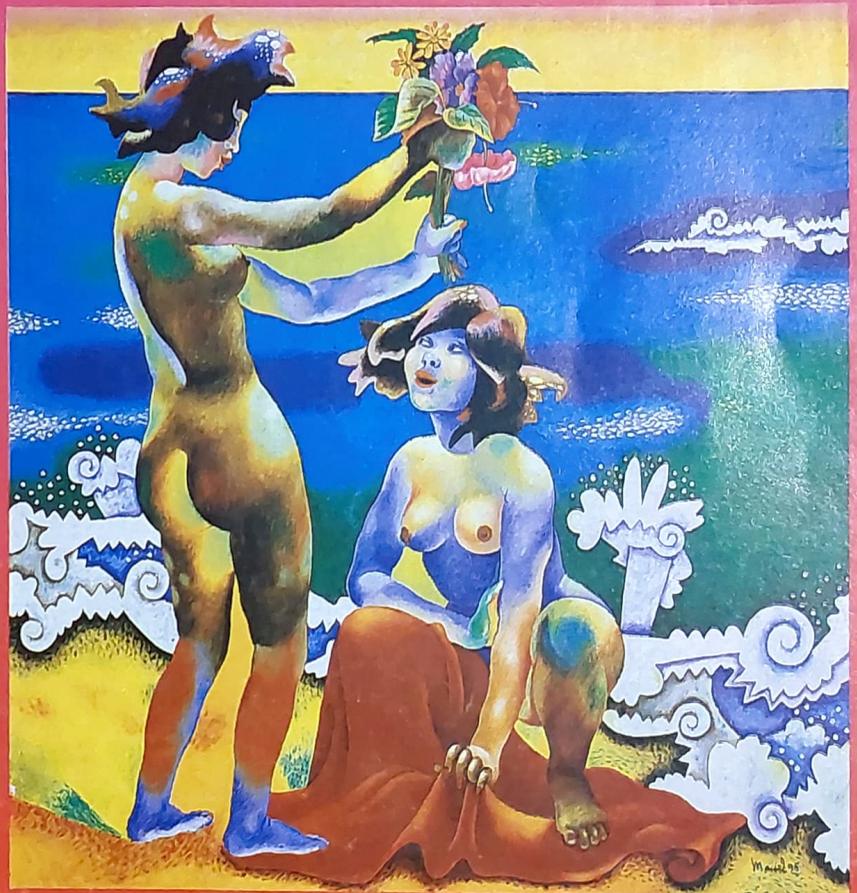
ENRIQUE CALDERÓN ALZATI

CRÍTICA
DE LA NUEVA
ECONOMÍA
POLÍTICA

SERGIO DE LA PEÑA

LA
DESINTEGRACIÓN
DE LAS
AMÉRICAS

Entrevista con ALAIN LIPIETZ



EXPECTATIVAS DE UN TRANSNACIONALISMO SINDICAL

JOHN D. FRENCH ♦ DANIEL MARTÍNEZ CUNILL ♦ ROBINSON SALAZAR ♦ GERARDO DE LA FUENTE LORA
EDWIN SÁNCHEZ ÀSUCUA ♦ NAYAR LÓPEZ ♦ ALEJANDRO GARCÍA ♦ JOSÉ ÁNGEL LEYVA
RAQUEL SOSA ELÍZAGA ♦ JORGE LUIS VARGAS B. ♦ ATILANO DEL ÁNGEL C. ♦ MANUEL AGUILAR MORA

cemas
MEMORIA

Número 85
Enero de 1996

Director General
Arnoldo Martínez Verdugo

Presidente del Consejo de Redacción
Sergio de la Peña

Director Editorial
José Ángel Leyva

Consejo de Redacción
Javier Aguilar García
Jorge Alonso
Fabio Barbosa

Barry Carr
Elvira Concheiro Bórquez
Arnaldo Córdoba
Gerardo de la Fuente
Héctor Díaz-Polanco
Evodio Escalante

Arturo Huerta
Gilberto López y Rivas
Luciano López Zamudio
Ricardo Melgar Bao
Gerardo Peláez Ramos
Enrique Semo
Jaime Tamayo Rodríguez
Raquel Tibol
Gerardo Unzueta
Gabriel Vargas Lozano
Mario J. Zepeda

Jefe de Redacción
Alejandro Miguel

Administración y ventas
J. Encarnación Baldovinos

Diseño, formación y captura
Antonio Carmona Azuceno
Fanny Trias Decena
Rodolfo de la Vega

Memoria es una publicación mensual del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, A.C. Suscripciones y correspondencia: Monterrey 159, Colonia Roma, Delegación Cuauhtémoc, CP 06700, México, D.F. Tel: 564 64 49 y 564 94 42. Fax: 574 00 61. Certificado de Licitud de Título No. 6330, Certificado de Licitud de Contenido No. 5008 (otorgados el 13 de mayo de 1992). Reserva de Título No. 1176-92. ISSN-0186-1395

Precio del ejemplar: N\$ 10.00

Números fuera de circulación: N\$ 15.00

Suscripción, 12 números:

En el país, N\$ 100.00

Norte y Centro América, 60 dólares USA

Europa, 75 dólares USA

Africa y Oceanía, 90 dólares USA

Impreso por: Imprenta de Juan Pablos, S.A. Mexicali 39, Col. Condesa, CP 06100, México, D.F. Teléfonos 553 01 66 y 286 92 58. Fax. 286 61 08.

Distribución: Enrique Gómez Corchado. Humboldt 47, Centro. Delegación Cuauhtémoc, 06050, México, D.F. Locales cerrados e interior del país: Publicaciones CITEM, S.A. de C.V. Av. Taxqueña, 1798. Colonia Paseos de Taxqueña, CP 0450. Teléfono 549 73 29.

IMÁGENES

LEONEL MACIEL. LA MANERA DE NO MORIR JAMÁS

RICARDO GARIBAY 3

LA NACIÓN

LA EDUCACIÓN EN UN NUEVO PROYECTO NACIONAL

ENRIQUE CALDERÓN ALZATI 5

CRÍTICA DE LA NUEVA ECONOMÍA POLÍTICA

SERGIO DE LA PEÑA 11

TERCER MILENIO

LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA EN AMÉRICA LATINA

DANIEL MARTÍNEZ CUNILL/ROBINSON SALAZAR 13

EL DESAFÍO DE LA DEMOCRACIA EN NICARAGUA

NAYAR LÓPEZ CASTELLANOS 18

SUJETOS EMERGENTES

CARARE. UNA EXPERIENCIA DE PAZ EN COLOMBIA

ALEJANDRO GARCÍA 23

PREMIO A LA PERFECTA SUBSISTENCIA

Asociación de Trabajadores Campesinos de Carare 24

EL TRABAJO

EXPECTATIVAS DE UN TRANSNACIONALISMO SINDICAL

JOHN D. FRENCH 26

LA DESINTEGRACIÓN DE LAS AMÉRICAS: A. LIPIETZ

JOSÉ ÁNGEL LEYVA 32

HACER MEMORIA

LOS ESCENARIOS DEL CARDENISMO

RAQUEL SOSA ELÍZAGA 37

REFLEXIONES

EL CAMINO Y LA PRESENCIA

EDWIN SÁNCHEZ AUSUCUA 41

EL INDIVIDUO IMPOSIBLE

GERARDO DE LA FUENTE LORA 45

HISTORIA Y AMENAZA DE VIOLENCIA POLÍTICA

JORGE LUIS VARGAS B. 49

LAS PALABRAS Y LAS COSAS

LA EDUCACIÓN ESTÉTICA EN LA ESCUELA

ATILANO DEL ÁNGEL CAYETANO 53

LIBROS

VÍCTOR SERGE Y LA LITERATURA DEL SIGLO XX 57

TEXTOS Y AUTORES 1995 60

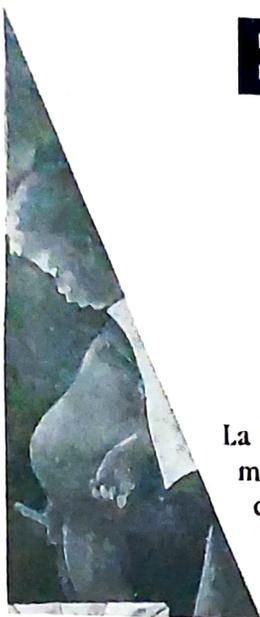
ILUSTRACIONES DE LEONEL MACIEL

EN LA PORTADA: *BAÑISTAS*, ÓLEO SOBRE TELA, 1995

Las ideas y puntos de vista vertidos en cada artículo son responsabilidad de sus autores.

El desafío de la democracia en Nicaragua

NAYAR LÓPEZ CASTELLANOS



La transición a la democracia en América Latina atraviesa por un periodo de incertidumbre en el cual su futuro depende en

gran medida de la solución de los problemas sociales y de la capacidad de las fuerzas políticas para fortalecer las estructuras existentes, en el marco general de una transformación que recupere la credibilidad en las instituciones, pero sobre todo en el Estado.

La prolongada crisis económica generada por el esquema neoliberal, aplicado a ultranza por los gobiernos latinoamericanos, ha empujado a las grandes mayorías a debatirse dentro de la extrema pobreza y ha provocado una involución de las garantías sociales básicas alcanzadas en el pasado.

Sin duda, el estrangulamiento económico y las dificultades para fortalecer las estructuras democráticas han creado un escenario verdaderamente incierto sobre el futuro; ello, en gran medida, ha desvirtuado la participación política como una vía para mejorar las condiciones de vida más elementales.

En los últimos años, a medida que la lucha por la supervivencia se ha expandido de manera notable dentro de los múltiples sectores de la sociedad, la atención política sobre los cambios y los diversos acontecimientos ha ido perdiendo considerables espacios. Incluso, en las propias organizaciones políticas, la militancia ha disminuido su nivel de

Es un hecho que en la mentalidad de la sociedad nicaragüense quedó grabado el reconocimiento de la derrota en los comicios de 1990 como una reafirmación de la existencia de un sistema democrático y participativo con sucesión electoral de poderes

participación activa ante la dura etapa económica por la que América Latina está atravesando.

Junto a lo anterior, la llamada globalización económica mundial impulsada fundamentalmente por Estados Unidos, que no es más que la expoliación de las economías locales en términos concretos, ha condenado a las naciones latinoamericanas a una dependencia exacerbada de los créditos, las políticas y las condiciones por demás humillantes y violatorias de la so-

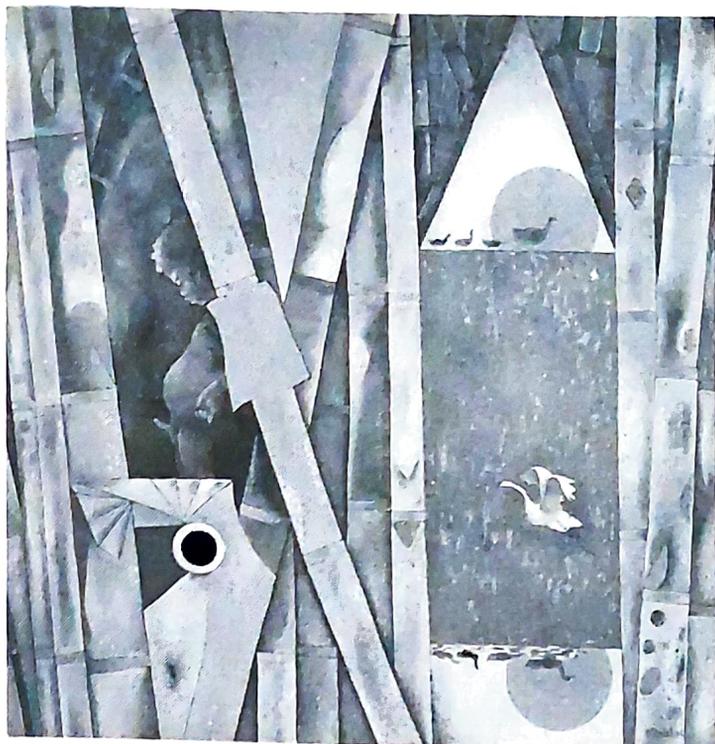
beranía nacional, impuestas desde los grandes centros financieros internacionales.

Uno de los casos más representativos que refleja el actual contexto en que vive la región es el de Nicaragua, país centroamericano que ha tenido una historia caracterizada en este siglo por fragmentaciones políticas, guerras civiles, intervenciones norteamericanas y continuos estancamientos económicos.

La Revolución Popular Sandinista, triunfante en 1979, había logrado arrivar como una esperanza definitiva de transformación social que en su momento rompió por completo los esquemas de la lucha generados desde el llamado socialismo real, a partir de los grandes lineamientos que definió el FSLN al llegar al poder: economía de mercado, pluripartidismo y no alineamiento internacional.

Sin embargo, la guerra de agresión impulsada por Estados Unidos a través de la "rebelión" de los sectores somocistas más recalcitrantes, tanto los armados como los existentes en el nuevo sistema político, más los errores de gobierno cometidos por el sandinismo y el rumbo inesperado que tomaron los acontecimientos a nivel mundial (tras la caída del bloque socialista y el fortalecimiento de la derecha internacional), trastocaron los parámetros planteados inicialmente por la revolución y desembocaron en una crisis económica y política de resultados ya muy conocidos.

Así las cosas, en el pasado reciente, a partir de la derrota electoral del FSLN y



El Vuelo. 1995.

su división en dos organizaciones, el escenario político nicaragüense entró en una etapa marcada por importantes reacomodos de las diversas fuerzas y por una complicada reforma de las estructuras políticas creadas durante el gobierno sandinista.

Sobre este importante acontecimiento, es necesario destacar que el principal legado del sandinismo fue el de haber construido estructuras democráticas, en primer lugar el haberlas respetado en la práctica. Es un hecho que en la mentalidad de la sociedad nicaragüense quedó grabado el reconocimiento de la derrota en los comicios de 1990 como una reafirmación de la existencia de un sistema democrático y participativo con sucesión electoral de poderes.

Aquel fue un hecho de tanta profundidad política como la misma expulsión de la dinastía de los Somoza, que es para el pueblo parte de un pasado que nunca volverá. La época de los golpes de Estado, del escamoteo de la voluntad electoral de los ciudadanos y de las juntas de notables son ya también cosa del pasado. Violentar esta conquista, que la población ha hecho ya parte de su vida,

sería empujar al país a una gran inestabilidad".¹

Es importante señalar que el FSLN no sólo sobrevivió al baño de sangre en que la agresión norteamericana sumergió a Centroamérica durante el decenio de los años ochenta y principios de los noventa, sino que —pese al revés electoral— salió convertida en un actor imprescindible en el proceso político y económico de Nicaragua.

Después de la entrega del gobierno a la coalición derechista triunfadora, el sandinismo ocupaba una categoría de oposición de izquierda desconocida en la historia latinoamericana. En efecto, el contar con medios de comunicación, con el control político del ejército y la policía, con las organizaciones sociales más fuertes del país, estructuras culturales, académicas y profesionales consolidadas, así como una generación de funcionarios estatales experimentados, caracterizaba al FSLN como un poder paralelo en Nicaragua.

Sin embargo, a raíz de su estrategia de cogobierno, entendida como un apo-

yo táctico al programa económico del régimen chamorrista, en cierta medida a cambio del respeto a las instituciones creadas durante su gestión gubernamental, el sandinismo sufrió un grave alejamiento de su base social, una creciente desmoralización de la misma y el nacimiento de ópticas internas separadas sobre la realidad y la estrategia política a seguir.

Así, con la polarización de las diferencias, el sandinismo fue perdiendo la unidad interna que había constituido uno de sus principales soportes políticos en el pasado. En este contexto, surge el Movimiento Renovador Sandinista (MRS), dirigido por el ex vicepresidente Sergio Ramírez, la diputada Dora María Téllez y el ex ministro de Industria y Comercio, Luis Carrión.

Si bien la historia de la ruptura del Frente Sandinista constituye una discusión que merece un gran apartado, es un hecho que en términos reales se enfrentaron dos visiones de las cosas, dos maneras de interpretar la realidad, que durante el periodo gubernamental no pudieron externarse y discutirse por lo apremiante que resultaba, entre otras cosas, enfrentar de manera cotidiana a un enemigo tan poderoso como Estados Unidos.

En este escenario, los renovadores vislumbraban la necesidad de democratizar profundamente las estructuras y prácticas internas del FSLN, así como reorientar la estrategia y el programa del sandinismo ante una realidad diferente y ante una sociedad golpeada por más de dos decenios de conflictos armados que, sin duda, ya no quería escuchar concepciones y propuestas que pudieran desembocar en un nuevo enfrentamiento.

Por otro lado, el sector ortodoxo insistía en mantener la misma modalidad de dirección del movimiento —caracterizada fundamentalmente por el llamado centralismo democrático— y continuar planteando los objetivos de la revolución sandinista en el mismo contexto que se vivió durante la década pasada.

1. "Violeta contra el tiempo", en *Envío*, No. 158. Nicaragua, abril de 1995. p. 4.

El sandinismo quedó, así, conformado por un MRS que —bajo nuevos parámetros y estrategias— reivindica la esencia de la revolución triunfante de 1979 en la que participó y de los preceptos fundamentales de las ideas de Sandino, junto a un FSLN preso de sus estructuras, de una parte importante de los errores del pasado y de un programa que en los hechos separa a los nuevos sujetos sociales que surgieron después de la derrota electoral, sujetos más identificados con la lucha por la supervivencia personal que con objetivos de una transformación popular.

Habrà que seguir de cerca la actuación que tenga en adelante el sandinismo como corriente política en Nicaragua —en vista de la trascendencia política que representa su división— y el papel que desempeñen el MRS y el FSLN frente a las elecciones presidenciales previstas para noviembre de 1996, las cuales definirán el rumbo de los próximos acontecimientos.

“¿No es acaso el nuevo desafío electoral la más obvia de las convocatorias al sandinismo para que de una vez madure como frente político, asuma sus diferencias y reconozca sus afinidades en la diversidad? De avanzar en este sentido, la creación de un frente amplio para las elecciones de 1996, la mediación de fuerzas en una primera vuelta electoral y una política de alianza acertada para impedir el acceso al poder de las corrientes neoliberales más recalcitrantes, podrían ser una última opción”.²

Ante este panorama, la ruptura del Frente Sandinista forma parte de un periodo generalizado dentro de la izquierda latinoamericana, a partir del cual se busca definir los nuevos caminos para alcanzar los objetivos por los que en el pasado reciente dieron la vida miles de personas, esencialmente por un ideal de libertad, democracia, justicia y defensa de la soberanía nacional.

2. Daniel Martínez: “El futuro electoral de Nicaragua”, en *Memoria*, No. 80. México, agosto de 1995. p. 31.

Por otro lado, las transformaciones fundamentales llevadas a cabo en los últimos cinco años por el régimen de Violeta Barrios en el sistema político y social, amparadas en el esquema del neoliberalismo, han provocado la profundización de la desigualdad social y han obstaculizado en gran medida la consolidación de las estructuras democráticas creadas bajo el gobierno sandinista.

En efecto, la apertura desproporcionada de la economía nacional a los capitales internacionales, el abandono de la responsabilidad social del Estado, el favorecimiento de los sectores privilegiados a través de los créditos y la privatización, medidas justificadas como vía hacia la modernización del país, sólo han depauperizado el nivel de vida de los nicaragüenses.

La popularidad del régimen chamorrista ha decaído profundamente, tanto nacional como internacionalmente. En este campo, el descrédito refleja la incapacidad política de lograr acuerdos dentro de una alianza oficial dividida y un país confrontado.

En el nivel interno, el nepotismo, la corrupción y la incapacidad para resolver los conflictos han creado incertidumbre e incredulidad entre grandes sectores de la población, sentimientos reflejados sobre todo en diferentes encuestas de opinión en las que los porcentajes que denuncian tales prácticas son muy elevados.

Con el gobierno de Violeta Barrios, se ha demostrado a cabalidad la imposibilidad para consolidar las estructuras democráticas que se heredaron de los sandinistas, a través de la reestructuración de algunas áreas del sistema político y de una revaloración de la función de los partidos políticos, pues algunos de ellos, como la ex UNO, tienen capacidad de ganar elecciones, pero son altamente débiles frente a la responsabilidad de gobernar.

Lo dicho es también el reflejo de la estrategia norteamericana de imponer a grupos de poder afines a sus intere-

La popularidad del régimen chamorrista ha decaído profundamente, tanto nacional como internacionalmente. En este campo, el descrédito refleja la incapacidad política de lograr acuerdos dentro de una alianza oficial dividida y un país confrontado



ses, fieles y sumisos a sus condiciones que —para cumplir con tales preceptos— llevan al país, lo interno, al caos económico, deterioran las relaciones políticas y traicionan los más altos valores de la soberanía de las naciones latinoamericanas.

Ante este panorama, el desafío de la democracia en Nicaragua tiene que ver con alcanzar altos niveles de gobernabilidad, sobre todo a partir de nuevas formas de articulación entre el poder político, el Estado y la sociedad civil. Sin duda, el objetivo será cumplido sólo bajo un régimen de democracia política y justicia económica que esté en las condiciones de enfrentar con éxito la tarea de la reconstrucción nacional de este país centroamericano.

Sin embargo, en este proceso un obs-



Acurela. 1995.

táculo importante radica en que la cultura política se ha mantenido bajo un clima de constante polarización que en innumerables ocasiones se ha expresado a través de la violencia y de la confrontación. Por ello, de alguna forma se puede llamar a Nicaragua el "Macondo" de América Latina.

Históricamente, la clase política nicaragüense ha privilegiado la violencia sobre el diálogo y la negociación, como medio para resolver y solucionar los conflictos. Este comportamiento ha generado un tipo de cultura política muy generalizado en todos los estamentos, estructuras, organizaciones e instituciones de la sociedad nicaragüense. Por ello, la meta encaminada a alcanzar la unidad nacional, como requisito para concertar acuerdos y compromisos compartidos, es una tarea compleja, lenta, tortuosa y difícil".³

En gran medida, la violencia como parte de la cultura nicaragüense, en la época contemporánea, constituye un legado histórico de los grupos hegemónicos del poder somocista. Esa violencia ha sido determinada fundamentalmente a partir de la sangrienta política de represión desatada en contra de las clases populares y de las corrientes progresistas, así como de la reacción de éstas a través de la lucha armada.

En la actualidad, esta manera de actuar aún sigue encontrando eco en los sectores más recalcitrantes de la derecha nicaragüense, particularmente en aquellos que —integrados en la coalición triunfante de las elecciones de 1990— pensaron que llegar al poder era sinónimo de revanchismo y aniquilamiento del sandinismo en cualquier esfera política y social del país.

Por otro lado, uno de los elementos centrales dentro del esfuerzo por fortalecer la democracia nicaragüense radica en asegurar oportunidades de participación a las organizaciones sociales, entendidas como un protagonista central de todo sistema político y un coadyuvante de la función y la responsabilidad de los partidos políticos.

A partir del abandono del Estado de sus grandes responsabilidades sociales, la llamada sociedad civil comenzó a construir espacios y mecanismos para atender las demandas y necesidades más apremiantes. Con ello, Nicaragua conoció nuevos actores sociales alejados de una militancia política partidaria efectiva y centrados en una práctica más puntual y autónoma.

La garantía de una participación plena para las organizaciones sociales no asegura por sí sola dejar a un lado los obstáculos que tiene frente a sí la democratización del sistema político nicaragüense. Por ello, resulta indispensable encontrar alternativas globales que garanticen efectos duraderos y sólidos, elaboradas a partir del consenso como práctica política.

En efecto, ante la gravedad y profundización de la crisis económica y el fantasma de la desestabilización política, surge con mayor fuerza la necesidad de construir un acuerdo político nacional de largo plazo, sin duda producto del diálogo, y la negociación de todos los sectores políticos, sociales, económicos y culturales de Nicaragua.

"Creemos que la concertación debe servir para solucionar los problemas puntuales, de carácter político, económico y social, pero creemos también que no debe perderse de vista que la concertación debe servir para definir las bases de un proyecto nacional integral para el futuro de Nicaragua y de una serie de políticas nacionales sectoriales, en salud, educación, agro, sistema económico, que adquieran —en virtud del acuerdo social— cierta permanencia que garantice su continuidad independientemente de los cam-

3. Miguel de Castilla: "El proyecto nacional en el horizonte de la utopía nicaragüense", en *Re-*

vista de Ciencias Sociales, No. 63. Universidad de Costa Rica, marzo de 1994, p. 66.

El objetivo esencial tiene que ver en cómo desarrollar procesos de concientización que impulsen una nueva cultura política dentro de la sociedad nicaragüense, una cultura que abandone esquemas viciosos de corrupción, autoritarismo, corporativismo y pretensiones hegemónicas



bios políticos que se den".⁴

Uno de los grandes avances alcanzados hasta hoy radica en el reconocimiento tácito de las medidas institucionalizadas más trascendentes impulsadas por la revolución sandinista, las cuales sin duda se plasmaron en las recientes reformas constitucionales, proceso por demás complejo y polémico pero que en los hechos demostró que existen sectores políticos capaces de ponerse de acuerdo en aquellos puntos nodales que más se acerquen a las necesidades y demandas de la población.

En este proceso, una tarea fundamental para las fuerzas políticas en Nicaragua consiste en definir cómo recuperar la confianza popular en los partidos y cómo lograr convencer a los sectores más golpeados por la crisis económica, que la participación política constituye un mecanismo efectivo de transformación social, siempre y cuando se realice de manera transparente y honesta.

"La democracia política asegura que las reglas de la elección se han cumplido y que el pueblo ha podido decidir. Pero una elección democrática no garantiza un gobierno competente, es decir, con responsabilidad pública, con eficiencia

para atender los graves problemas sociales heredados, con funcionarios honrados, cuyo manejo reproduzca confianza y credibilidad. El buen gobierno, como metáfora, alude en consecuencia a un estilo ético, técnico y político que busca favorecer a las masas ciudadanas, en condiciones de democracia electoral".⁵

El objetivo esencial tiene que ver en cómo desarrollar procesos de concientización que impulsen una nueva cultura política dentro de la sociedad nicaragüense, una cultura que abandone esquemas viciosos de corrupción, autoritarismo, corporativismo y pretensiones hegemónicas.

Sin duda, éste constituye el desafío más importante de aquellas fuerzas políticas nicaragüenses preocupadas realmente por el futuro de Nicaragua, es decir, la construcción de una cultura política civilizada y democrática que interprete la realidad a partir de sus actores directos y de los problemas concretos.

Por ello, se trata de renovar el ejercicio de la política, lo que implica el abandono de prácticas excluyentes, sectarias y centralizadas. Pero también el planteamiento tiene que ver con moralizar la política a partir de concientizar

a los políticos de que su papel es una responsabilidad ante sus electores y no un premio, una herencia o un coto hegemónico de poder.

Aquí, resulta importante reiterar que en Nicaragua, que no es la excepción de nuestra región, la política se ha visto desvirtuada ante la miseria y el estancamiento económico. Pero resulta necesario destacar que esta situación también ha estado acompañada por la violencia y el ejercicio de una represión propia de las pasadas dictaduras militares latinoamericanas.

Este es el caso de México, por ejemplo, en donde la escalada de cerrazón y autoritarismo del régimen priista ha trastocado las más elementales fronteras de la civilidad y la tolerancia y se ha desatado una verdadera ola de represión en la que se incluye el asesinato de los miembros de la oposición democrática, fundamentalmente del PRD, partido que hoy en día cuenta ya con cerca de 400 militantes muertos en los últimos seis años.

La construcción de una nueva cultura política es difícil y tiene que vencer grandes obstáculos, romper intereses enquistados en las estructuras políticas y económicas de las naciones latinoamericanas, pero sobre todo transformar la idea del poder, de su significado social y de su verdadero propósito político.

Ante este panorama, en Nicaragua resulta necesario articular, en un nuevo proyecto nacional, la democracia representativa de la tradición liberal, con la democracia participativa y popular propia de la utopía socialista que se trató de construir bajo el sandinismo.

Así, el desafío de la democracia en esta nación centroamericana inevitablemente tiene que ver con el fortalecimiento de las estructuras políticas y las instituciones creadas bajo el gobierno sandinista para garantizar un marco civilizado de competencia política cuyo fin último sea el de asegurar una vida digna, justa y pacífica para el pueblo nicaragüense.

4. Alejandro Serrano Caldera: *La unidad en la diversidad, hacia la cultura del consenso*, Ed. San Rafael. Nicaragua, 1993. p. 71.

5. Edelberto Torres Rivas: "La gobernabilidad centroamericana en los noventa", en *América Latina hoy, segunda época*, No. 9. España, junio de 1994. p. 29.